

IV. BIBLIOGRAFÍA

HUGO THOEN; JEAN BOURGEOIS; FRANK VERMEULEN; PHILIPPE CROMBÉ; KOEN VERLAECKT (editores), *Studia Archaeologica, Liber amicorum Jacques A. E. Nenquin*. Universiteit Gent, Seminarie voor Archeologie. Gante, 1991, 222 págs. con ils. (29 × 21 cm).

Libro en homenaje al profesor Jacques A. E. Nenquin, dedicado por la Universidad de Gante, en la que, junto a las del Congo Belga y de Bruselas el homenajeado ejerció su actividad docente e investigadora desde 1966. La obra va precedida por una introducción (pág. 1) a cargo de Leon de Meyer, rector de la Universidad de Gante, y una biografía científica del profesor Jacques A. E. Nenquin (págs. 3-4), de la cual podríamos destacar el cargo, desde 1980, de secretario general de la «Unión Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques» (UISPP). Se concluye con una recopilación de Koen Verlaeckt (J. A. E. Nenquin, «The Written Legacy», págs. 211-215) en la que se relaciona, ordenada cronológicamente, hasta agosto de 1991, la bibliografía del homenajeado. Le sigue una lista con las direcciones de los autores que han contribuido con sus trabajos a la publicación y una Tabula gratulatoria.

Los artículos que integran el volumen están ordenados en tres capítulos que reflejan los temas a los que el profesor Nenquin ha dedicado prioritariamente su actividad científica: África, continente en donde excavó durante las décadas de los cincuenta y sesenta y fue conservador del Musée Royal d'Afrique Centrale; la sal, elemento de especial interés en muchas de sus investigaciones y de una de sus tesis doctorales; y la prospección, en la que centró su atención a partir de finales de los años sesenta animando en este sentido a sus alumnos para que trabajaran en la realización de cartas arqueológicas e inventarios como objeto de estudio de sus tesis de licenciatura, concediendo una atención relevante a la fotografía aérea. Por último hay un apartado de miscelánea.

En cuanto a la primera parte, África, se inicia con un artículo de J. Desmond Clark («Early Copper-Mining and Smithing Methods on the Zambezi/Congo Watershed», págs. 7-13) que, en base a un reportaje fotográfico de Raymond Brooks realizado en 1920, estudia las formas tradicionales de explotación y metalurgia del cobre en esta zona centroafricana, importante elemento de comercio. Continúa con un trabajo de Pierre de Maret («Sanga (un peu plus de) 30 ans après», págs. 15-18) que sintetiza la problemática en torno a las culturas que se sucedieron en este lugar del Zaire que excavó y publicó Jacques A. E. Nenquin durante los años

cincuenta y sesenta, siendo las investigaciones arqueológicas proseguidas durante los setenta y ochenta por el autor del artículo. La tercera aportación se debe a Ray Inskeep («Seasonal Mobility in the Later Stone Age of South Africa. A View from Nelson Bay Cave», págs. 19-27) y presenta un estudio de la movilidad estacional basado en las excavaciones realizadas en la Cueva Nelson Bay, cuya secuencia estratigráfica comprende unos seis mil años, iniciándose hacia el 6.000 BP y en el que concluye afirmando que las movilidades estacionales no son un modelo frecuente entre estas bandas de cazadores-recolectores. En el siguiente artículo («Un site paléolithique à Beit Khallaf (Haute Egypte)», págs. 29-56), debido a Marcel Otte, Pierre M. Vermeersch y Etienne Paulissen, se aborda la investigación de un yacimiento, de reducidas dimensiones, localizado al aire libre. La industria lítica recuperada en superficie parece tener cierta homogeneidad, aunque evidencia actividades diferenciadas y se encuadraría cronológicamente en un momento de transición entre el Paleolítico medio y superior. Este apartado se cierra con una discusión de Phillip V. Tobias («The Age at Death of the Olduvai Homo Habilis Population and the Dependence of Demographic Patterns on Prevailing Environmental Conditions», págs. 57-65) en la que partiendo de que unas condiciones ambientales adversas crean un alto riesgo de mortalidad infantil considera que ésto es lo que sucede entre los Homo habilis, mientras que entre los Australopithecus africanus se da un modelo demográfico contrario, debido a unas condiciones climáticas favorables.

El segundo apartado, dedicado a la sal, comienza con un trabajo de Pierre Gouletquer («L'apport du comparativisme ethnographique à l'archéologie du sel», págs. 69-74) en el que se aportan algunos datos útiles a la interpretación de ciertas estructuras de adobe posiblemente relacionadas con la producción de sal que aparecen en la Protohistoria europea, basados en comparaciones etnológicas centradas especialmente en África. Continúa con un estudio («Solequellen und deren siedlungs — un han— delsgeschichtliche Bedeutung im frühmittelalterlichen Zentraleuropa», págs. 75-79) de Joachim Herrmann en el que se analiza la importancia de la sal para el hombre, en relación con actividades militares, por ejemplo, y su explotación y comercio en Europa durante la Alta Edad Media. Ben L. Van Beek («Some Salt on the Tail», págs. 81-84) hace un juego de palabras y sintetiza la trascendencia que ha tenido la producción y comercio de sal a lo largo de la Historia en Europa, influyendo en acontecimientos de tipo económico, político y social. Esta serie concluye con un breve artículo de Frieda Vandenabeele («Salt on Cyprus in Antiquity», págs. 85-86) en el que se resume el estado de la cuestión en torno a los conocimientos actuales sobre la explotación y uso de este elemento en Chipre durante la Antigüedad.

El tercer apartado, que se ocupa de la prospección arqueológica, lo abren Jean Bourgeois y Jacques Semey («Contribution de la photographie aérienne à l'étude de l'âge du fer en Flandre intérieure», págs. 89-100) exponiendo la importancia de la fotografía aérea, desarrollada aquí con objetivos arqueológicos a partir de la década de los setenta, y habiendo obtenido interesantes resultados durante los últimos años en la delimitación de sitios y estructuras que revelan tanto aspectos funerarios y rituales como domésticos. En este caso se centra el tema en la Edad del Hierro y Flandes. Philippe Crombé («L'occupation préhistorique dans le nord-ouest de la plaine de la Vallée Flamande. Analyse des résultats de prospection», págs. 101-107) formula, a partir de los resultados de prospecciones superficiales, algunas consideraciones generales que relacionan la ocupación prehistórica en su entorno —dicha región del Noroeste de Bélgica— planteando el estado de la cuestión y ciertas sugerencias de cara a futuras investigaciones sobre el Epipaleolítico o Mesolítico. Un tercer estudio de Johnny Devreker y Frank Vermeulen («Phrygians in the Neighbourhood of Pessinus (Turkey)», págs. 109-117) expone los resultados de una prospección realizada en las cercanías de este sitio, que reveló la existencia de evidencias arqueológicas de carácter religioso que demostraban un asentamiento de los frigios en la zona, hecho hasta ahora desconocido, lo cual abre nuevas perspectivas a la investigación. El cuarto trabajo, presentado por Alain de Wulf, Doris Vanhove y Herman Mussche («Styra, Survey of a Road Network in Roman Quarries», págs. 119-130) analiza la red viaria romana de esta área en relación a las canteras y su explotación, que demuestra una excelente organización y el desarrollo de técnicas precisas de construcción. Seguidamente un artículo de Denyse Homès-Fredericq («Prospection archéologique et fouilles belges à Lehun en Jordaine», págs. 131-138) expone los resultados de una prospección realizada en el año 1977 en una amplia zona del centro de Jordania que llevó a la localización y excavación de un sitio, Lehun, cuya rica secuencia cultural se remonta al Paleolítico inferior y llega hasta época islámica. Finalmente Paule Spitaels («De l'utilité d'un survey minier à Makronisos (Grèce)», págs. 139-144) revela, partiendo de una prospección superficial la importancia que podría tener esta isla como lugar de abastecimiento por su riqueza minera en diferentes momentos.

La sección de miscelánea que cierra el volumen se introduce con una aportación de Hans-Georg Bandi («Entdeckung prähistorischer Gräber auf der St. Lorenz Insel, Alaska», págs. 147-156) en la que se ocupa de unas necrópolis prehistóricas de la Isla de San Lorenzo. Teniendo en cuenta los ajuares funerarios y diferentes dataciones radiocarbónicas se sitúan en una amplia cronología ya dentro de nuestra era, sucediéndose diferentes fases culturales. Bohuslav Chropovský («Approach to the Study of

the Genesis, Political Organization and Cultural Profile of Central European Slavs», págs. 157-162) presenta una síntesis en torno al origen, cuestión siempre controvertida y difícil, de los eslavos, deteniéndose en su organización económica, política y social, y su desarrollo cultural durante la Historia a partir de las más recientes investigaciones. El tercer artículo se debe a Jean Guilaine («Les premières perles de verre en Méditerranée occidentale», págs. 163-172) y reflexiona, en base a nuevos y recientes análisis realizados con cuentas de vidrio del Calcolítico y la Edad del Bronce, sobre la individualización de centros de producción occidental anteriores y desconectados de toda posible influencia oriental. A continuación Berta Stjernquist («The Nordic Archaeological Meetings 1916-1989. Approaches and results», págs. 173-183) desarrolla la historia de los Nordic Archaeological Meetings, considerando su influencia entre la comunidad científica. El penúltimo artículo de Hugo Thoen («Le camp romain de Maldegem (Flandre Orientale, Belgique) et les invasions des Chauques en 172-174 de notre ère», págs. 185-200) demuestra la importancia de la fotografía aérea como medio de prospección arqueológica y presenta el estado de la cuestión en torno a las excavaciones realizadas en una fortificación descubierta gracias a esta técnica, que abre nuevas perspectivas al estudio de la reacción romana ante las primeras invasiones germánicas. Se concluye esta parte miscelánea con un estudio de Huibrecht J. Waterbolk y Harm T. Waterbolk («Amber on the Coast of the Netherlands», págs. 201-209) que analiza los hallazgos de ámbar en los registros arqueológicos de los Países Bajos, así como también su procedencia.

Como puede verse se trata de un interesante volumen, por los temas que trata, novedosos y sugerentes, y la calidad de las aportaciones, que en muchos casos constituyen puntos de partida ineludibles en futuras investigaciones, tanto desde el punto de vista conceptual como metodológico. Queda, no cabe duda, reflejada la importancia de la trayectoria científica, investigadora y docente, del profesor Jacques A. E. Nenquin, que constituye el hilo conductor que estructura la obra que tan merecidamente le han dedicado sus colegas y amigos.

MARTÍ MAS CORNELLÀ

IAN HODDER y CLIVE ORTON: *Análisis Espacial en Arqueología*. Trad. de M. E. Aubet y M. Tenas. Barcelona, Editorial Crítica, 1990, 295 págs. 153 figs. (23 × 15,5 cm).

La excelente colección sobre arqueología de la editorial Crítica nos presenta ahora un libro que constituyó, en el momento de su publicación en lengua inglesa (1976), un cierto hito en la metodología de la investigación arqueológica y que, actualmente, se nos aparece como un trabajo ya clásico. La revisión de esta obra no debe, por lo tanto, perder de vista el momento de su redacción, pues de otro modo sería difícil comprender algunas de sus características. Así, por ejemplo, se aprecia una gran dependencia, con respecto a las técnicas y análisis presentados, de la Geografía Humana o de la Ecología de las plantas, campos éstos que han sido precursores e iniciadores de esta clase de estudios. Esta dependencia se aprecia claramente en el gran número de veces que aparecen mencionados los trabajos de geógrafos como P. Haggett o ecólogos como P. Greig-Smith y E. Pielou, y que constituyen, después de las citas a los trabajos de I. Hodder —quien posee también formación como geógrafo— las referencias más veces señaladas.

La obra comienza con una introducción, cuya primera parte está dedicada a señalar la importancia que tiene el uso de los análisis espaciales en arqueología, importancia que hoy podemos encontrar obvia pero que, en aquellos momentos, comenzaban a señalar autores como D. Clarke. Acaba, igualmente, con una valoración en la que se destaca la relevancia de estas técnicas en arqueología, dando, así, una estructura circular a la obra. Entre estas dos partes se desarrolla la presentación de las distintas técnicas y análisis dividida en varios capítulos.

El primero de ellos está dedicado a los mapas de distribución tanto de yacimientos como de artefactos arqueológicos. En él se presentan distintas propuestas, generalmente sencillas de ejecutar, que permiten mejorar la resolución de los mapas y aumentar la cantidad de información aportada por ellos.

El siguiente capítulo hace referencia a las distribuciones de puntos, los cuales pueden representar artefactos en un yacimiento, yacimientos en un área o artefactos en un área. En él se dedica una atención especial al, ahora tantas veces cuestionado y defendido, análisis del vecino más próximo.

Le sigue un capítulo destinado a interpretar los distintos modelos que pueden aparecer en las distribuciones de los yacimientos, donde destaca

el estudio de las relaciones horizontales y jerárquicas entre éstos, y su evolución en el tiempo.

La distribución de tipos individuales de artefactos, es, por lo que a su extensión se refiere, la pieza reina de la obra, especialmente en lo referente a la dispersión de objetos desde sus centros de producción. En él se presentan diversas técnicas: el análisis de regresión, las simulaciones por ordenador, el análisis de la superficie de tendencia y la autocorrelación espacial. Por lo que se refiere a las simulaciones, sin embargo, nos parece que habría sido conveniente incluir en un anexo, tal como se hace con la prueba de aleatoriedad del Clark y Evans, el programa de ordenador utilizado para realizarlas, pues esto habría dado un carácter más práctico a la obra.

Los últimos capítulos están dedicados a la presentación de distintas pruebas y coeficientes para medir la asociación entre las distribuciones presentes en varios yacimientos o dentro de un yacimiento, y a las relaciones de los yacimientos con otros rasgos, como los tipos de suelos, la vegetación u otras características físicas.

Aunque, en teoría, se estudian todos los tipos de distribuciones arqueológicas, una buena parte del texto está dedicada a los análisis espaciales entre yacimientos y de artefactos dentro de un área geográfica. A pesar de que una parte de las técnicas utilizadas en estos análisis espaciales es, también, válida para el estudio de las dispersiones de objetos dentro de un yacimiento, este último tipo de análisis es mucho menos tratado, siendo, en la mayoría de los casos, referenciado de pasada. Este hecho está directamente relacionado con la abrumadora utilización de ejemplos tomados de la Arqueología histórica o de los momentos avanzados de la Prehistoria, resultando muy escasos los referidos a las etapas más antiguas, las cuales constituyen el campo donde los análisis dentro del yacimiento tienen más desarrollo.

La segunda parte de la introducción está dedicada a ofrecer una serie de conceptos estadísticos que los autores consideran necesarios para la presentación de las técnicas. Sin embargo, esta exposición resulta, a todas luces, insuficiente para comprender el funcionamiento de éstas. Conceptos de importancia tan vital como el de variable aleatoria y modelos de probabilidad se citan de pasada, remitiendo al lector a otros trabajos. Igualmente, se presentan cuatro funciones de probabilidad —la distribución normal, la exponencial negativa, la de Poisson y la binomial negativa— sin explicar el significado de los parámetros de los que dependen (por ejemplo, que μ y σ son, respectivamente, la media aritmética o esperanza y la desviación típica de la distribución normal). Además, en capítulos posteriores se hará referencia a otras distribuciones, como la tipo

III de Pearson, que reciben aún menos explicación. Si bien a lo largo del texto se van introduciendo otros conceptos estadísticos, a medida que los autores los consideran necesarios, éstos se encuentran muy dispersos y demasiado desordenados para ser de mucha utilidad. Por ello, si se desea sacar todo el partido a esta obra, resulta necesario, como dan a entender los autores, acudir, previamente, a uno o varios manuales de estadística para obtener una buena formación en esta disciplina.

Por otro lado, en los distintos capítulos de la obra se presentan una gran variedad de pruebas y análisis, pero no siempre se explica la forma concreta de llevarlos a cabo, haciéndose inevitable el recurso a otros trabajos. En este sentido, este libro es más una presentación organizada y muy completa de las distintas técnicas, existentes hasta el momento de su publicación, que un manual de análisis espacial.

Muchas de las pruebas presentadas tienen un carácter inferencial, y algunas de ellas se basan en suposiciones que no son siempre sostenibles desde el punto de vista de las características estadísticas de los datos arqueológicos. En algunos casos, como la medida de la asociación entre distribuciones, se incide especialmente en la comparación por pares, mientras que, actualmente, en muchos trabajos, se prefieren realizar comparaciones entre varias distribuciones de una forma conjunta, utilizando técnicas multivariantes descriptivas a las que los autores dedican poca atención. Entre los pocos análisis de este tipo que se presentan, sólo figura una forma de Análisis de los Conglomerados, el Single Linkage, cuyos inconvenientes ya habían sido señalados por F. R. Hodson. Sin embargo, debe señalarse que los autores han tenido buen cuidado, a lo largo de todo el texto, en indicar los problemas e inconvenientes que presenta cada una de las técnicas que presentan.

En cualquier caso, esta obra constituye un punto de referencia obligado para todos aquellos que estén interesados en el estudio de los aspectos espaciales del registro arqueológico, pues, aunque algunas de las técnicas presentadas se encuentran ahora en retroceso, o han sufrido importantes modificaciones, muchas de ellas poseen aún gran validez y pueden constituir una buena aproximación a este campo.

ANA NEIRA CAMPOS

CLAUDE BARRIÈRE, *L'Art pariétal du Ker de Massat*. Memoria n.º 5 del Institut d'Art Préhistorique. Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1990. 144 págs. 89 fig. y 100 láms. (33 × 25).

Las cuevas del Ariège siempre han sido muy visitadas y con ello, desgraciadamente, en perjuicio de su conservación. Una de las más afectadas ha sido la que ha motivado este estudio del profesor Claude Barrière. Esta cavidad se halla a 2.5 km de Massat (alto valle del Arac). Sus grabados parietales paleolíticos fueron descubiertos por Georges Paloumé el año 1957. En menos de treinta años a partir de dicha fecha, y seguramente desde antes, una gran parte de las figuras han desaparecido o han sufrido la sobrecarga de la acción antrópica.

La cueva del Ker era conocida de antiguo como yacimiento prehistórico a causa del bien conocido canto rodado con el grabado de un oso encontrado por Félix Garrigou en 1867, y por otros objetos hallados en las «excavaciones» de un cierto número de prehistoriadores del siglo XIX. Como cavidad con arte parietal fue incluida en *L'Art des Cavernes* (París 1984, págs. 395-399, con bibliografía) con la denominación de «grotte de Massat», en capítulo debido a J. Clottes y R. Gailli, y luego, más brevemente, por Denis Vialou en su libro *L'Art des grottes ornées en Ariège magdalénienne* (París 1986, págs. 253-256, con bibliografía). Parece que el nombre más adecuado es el de Ker de Massat que le da el profesor Barrière. A partir de 1984 este último emprendió el calco sistemático del conjunto, del que nos ofreció un avance en *Ars Præhistorica* (V/VI, 1986/1987, págs. 59-69, 12 figs.), y que, en 1990, publicó la monografía exhaustiva cuya referencia encabeza esta recensión sumaria.

Igual como hizo con Gargas (Oxford, BAR, 1976, 2 vols., Toulouse 1976), Rouffignac (París 1982) y Les Combarelles (Toulouse 1983), el profesor Barrière presenta una minuciosa descripción del arte, tanto parietal como mueble, del Ker, ilustrándolo con detallados calcos (magníficos los del muro derecho de la sala Paloumé y del muro izquierdo de la sala Méroc) y bellas fotografías. El número total de representaciones conservadas es de ochenta, comprendiendo caballos (6), cápridos (13), bóvidos (12), antropomorfos (6), signos (12) e indeterminados (23).

En dicho conjunto Claude Barrière distingue diversas agrupaciones estilísticas, aunque no pretende que éstas tengan un valor cronológico. Previamente, describe la localización geográfica de la cueva, la breve y lamentable historia de las investigaciones y establece el inventario de las figuras según las diversas zonas: divertículo A, Sala Paloumé, Sala Mé-

roc, Galería profunda (incluido el modelado de un bisonte en arcilla, falso) y Galería lejana (con trazos posiblemente no paleolíticos).

En sus análisis, el autor parte siempre del inventario, constatando la relativa pobreza de las familias de fauna representadas que, por la diferencia de sus estilos divide en tres lotes (1, bóvidos y rebecos; 2, bisontes, cápridos, rebecos, équidos y antropomorfos; y 3, cérvidos). Luego analiza cada una de las especies y su localización topográfica. El estudio de las técnicas empleadas, los estilos y las superposiciones, le permiten establecer cuatro conjuntos distintos y el orden en que fueron realizados. Particular atención pone en la manada de cinco cérvidos del muro derecho de la sala Paloumé, indudable escena «narrativa» de dichos animales en periodo de celo, que el autor atribuye acertadamente al Magdaleniense terminal. Respecto a las representaciones humanas y una figura de vulva, constata que se encuentran en la entrada de la sala, que tres figuras humanas están agrupadas en torno a la entrada del *laminoir* que lleva a la sala siguiente y que dos de ellas se hallan en la periferia del gran panel. Puede deducirse, por tanto, una relación con la noción topográfica de la circulación hacia el interior de la cavidad: «Dans une interprétation sexualiste, la vulve marquerait l'entrée vaginale de la salle Paloumé contenant des figures issues entrantes et sortantes des profondeurs utérines par le laminoir. Mais est-ce là le véritable sens de cet ensemble pariétal? ne serait-ce pas là un fantasme de l'esprit moderne? A moins que vie et mort des êtres par le passage de la grotte-utérus ne soit le fondement des significations de l'art préhistorique» (pág. 119, con un gráfico explicativo).

Todo ello proporciona elementos para enfrentarse con el problema cronológico. Habida cuenta de los tres conjuntos estilísticos de aparente cronología relativa diferenciada y de lo poco que se sabe del yacimiento de la entrada, el profesor Barrière lleva a cabo un agudo análisis en dicho aspecto. Ello le lleva a emitir dos posibilidades: 1, una iconografía extendida a tres periodos diferentes; y 2, todo es del Magdaleniense medio superior. «Et une fois de plus on arrive à l'idée de dissociation des notions de style et de chronologie, confondues par la numérotation style I, style II, style III... ou l'appellations culturelle périgordienne, magdalénienne.. qui implique aussi un ordre chronologique. Il faudra trouver une autre façon de dire» (pág. 122).

Por último, en relación con el arte parietal, el autor estudia el arte mueble conocido de este yacimiento que se halla disperso en diferentes museos y colecciones, con un total de 27 objetos —inventario muy bien ilustrado— en su mayoría atribuibles al Magdaleniense superior. Ninguna

de las asociaciones en ellos presentes puede hallarse en las paredes del Ker.

He ahí una obra de suma importancia, tanto por el estudio propiamente dicho como por las interpretaciones estilísticas y cronológicas, que escapan con frecuencia de las pautas establecidas y de uso habitual en la literatura sobre el arte paleolítico.

E. RIPOLL PERELLÓ

JOSÉ RAMOS MUÑOZ; M.^a DEL MAR ESPEJO HERRERIAS; PEDRO CANTALEJO DUARTE; EMILIO MARTÍN CÓRDOBA; JOSÉ A. MOLINA MUÑOZ; JUAN J. DURÁN VALSERO; JOSÉ ALCÁZAR GODOY; FEDERICO RAMÍREZ TRILLO; ANTONIO VELA TORRES; RAINER GRÜN; DEREK C. FORD, *Cueva de Ardales. Su recuperación y estudio*. Ayuntamiento de la Villa de Ardales. Ardales, 1992, 233 págs., figs., láms., fotos, planos, ils. (24 × 17,5 cm).

Nos hallamos ante un libro editado por el Ayuntamiento de Ardales (Málaga), con un prólogo del profesor Manuel Pellicer Catalán y dedicado al profesor Enrique Vallespí Pérez, que divulga desde un planteamiento multidisciplinar el estado de la cuestión en torno a las investigaciones llevadas a cabo en la Cueva de Ardales.

El volumen está estructurado en varios capítulos de corta extensión, cada uno de ellos complementado con una bibliografía específica, aunque al final se presenta una recopilación más extensa y general (págs. 222-230), lo que no deja de producir cierta confusión en el lector. El primer capítulo (CANTALEJO, P., y ESPEJO, M. del M., págs. 17-25) se dedica a una síntesis historiográfica algo confusa y le siguen una descripción de la cavidad (MOLINA, J. A., págs. 27-35), el análisis de una nueva representación gráfica de la Cueva de Ardales (MOLINA, J. A.; RAMÍREZ, F., y VELA, A., págs. 37-46) y un estudio geológico (DURÁN, J. J., págs. 47-56) y de la geocronología evolutiva desde el Pleistoceno superior hasta la actualidad y su relación con los cambios paleoclimáticos (DURÁN, J. J.; GRÜN, R., y FORD, D. C., págs. 57-66).

A continuación se nos ofrece una visión de las manifestaciones artísticas paleolíticas (ESPEJO, M. del M., y CANTALEJO, P., págs. 67-116). La temática es en cierta manera extensa. Se localizan manchas, puntuaciones, trazos, líneas, haces, marañas, paralelas, aspas, reticulados, ser-

pentiniformes, triangulares, cuadrangulares, semicirculares, etc., cérvidos, équidos, cápridos y peces, así como algunas figuras difícilmente clasificables. En cuanto a las técnicas cabe señalar que son muy variadas, tanto por lo que respecta al grabado como a la pintura. Esta cueva puede considerarse dentro de los cánones compositivos (cérvidos - cápridos - équidos - pisciformes - símbolos, con ausencia del bóvido) y confirma unas formas iconográficas arcaicas paralelizables con otras cavidades andaluzas, que los autores han definido como de tipo a, y con el arte mueble solutrense de la Cueva de Parpalló, manteniendo, a su vez, algunas peculiaridades propias. Este apartado se complementa con un capítulo (ESPEJO, M. del M., y CANTALEJO, P., págs. 117-126) sobre las Galerías Altas, descubiertas en 1981, considerando su arte prehistórico, un pequeño santuario monotemático de figuras negras dedicado a la cierva como único animal y a varios símbolos, de época solutrense, y los demás vestigios arqueológicos localizados, aunque éstos no han sido objeto de una investigación sistemática. Sigue el estudio antropológico (ALCÁZAR, J., págs. 127-140) de un cráneo hallado en superficie en estas galerías.

El último capítulo constituye un nuevo bloque de cierta extensión (RAMOS, J.; ESPEJO, M. del M.; CANTALEJO P., y MARTÍN, E., págs. 141-207) en el que se dan a conocer los restos arqueológicos postpaleolíticos, neolíticos y calcolíticos, recuperados durante la campaña de limpieza realizada en 1985 en las Galerías Altas, analizando su distribución microespacial y presentando cuatro apartados, dedicados a la industria lítica tallada y pulimentada, los objetos de hueso y la cerámica. Estos datos se complementan con los obtenidos en prospecciones superficiales llevadas a cabo en otros dos yacimientos, Cueva del Ánfora y Abrigo del Gaitanejo, cuyo estudio permite esbozar, en un epílogo dedicado a conclusiones generales (págs. 209-221), una panorámica del estado de la cuestión en torno a los conocimientos que en la actualidad se poseen del Neolítico en el término municipal de Ardales, observando su contexto cultural dentro del marco geográfico del Alto Guadalhorce, entre los núcleos neolíticos de las cuevas del Torcal y de las serranías de Ronda y Cádiz. Parece que queda claro un horizonte del Neolítico medio-final que por sus características, tanto geográficas como materiales, permiten adscribir esta zona al foco occidental andaluz, aunque, evidentemente, con particularidades propias.

Nos parece interesante y hay que agradecer a los autores y al Ayuntamiento de Ardales esta obra en cuanto que nos aporta una primera visión puesta al día de este importante yacimiento y abre nuevas perspectivas a su investigación. Esperamos poder tener pronto acceso a un corpus completo que refleje los trabajos de documentación del arte parietal paleolítico que se han llevado a cabo en la Cueva de Ardales durante

la última década y que se continúe trabajando en la definición de los momentos postpaleolíticos de esta cavidad, desconocidos hasta principios de los años ochenta.

MARTÍ MAS CORNELLA

DANIEL CAHEN y MARCEL OTTE (eds), *Rubané & Cardial. Actes du Colloque de Liège, novembre 1988*. Etudes et Recherches Archéologiques de l'Université de Liège n.º 39. Liège, 1990, 464 págs.

Recoge esta publicación treinta y tres artículos presentados al coloquio, así como un prólogo de Guilaine en el que explica los avances que ha supuesto este foro de opinión y debate, tras un muy breve pero ilustrativo «estado de la cuestión» de la que se trata, y un artículo final de los editores, en el que hacen una recopilación y síntesis de los temas discutidos, exponiendo las líneas básicas de las conclusiones a las que se ha llegado.

Los artículos son muy variados, evidentemente dentro del marco del Neolítico antiguo de Europa occidental, que es el tema del Coloquio. Los hay dedicados al proceso de neolitización, ya sea en general, o bien dedicados a regiones más concretas de España, Portugal, Francia o Bélgica. En casi todos ellos, y en algunos muy especialmente, las referencias al anterior substrato mesolítico son una parte importante, debido a la gran incidencia que éste tuvo para los diferentes grupos de este ámbito cronológico y geográfico.

Un segundo conjunto de artículos se ocupa de materiales arqueológicos, básicamente cerámica, tanto cardial como rubané, impresa en general, o lineal, pero también los hay dedicados a la industria lítica, y uno a brazaletes.

Las relaciones entre el denominado neolítico cardial y el rubané y las diferentes corrientes danubianas y mediterráneas, también forman parte de este contenido. La economía, el hábitat y el mundo funerario tienen aquí también su representación, completando ese abanico.

Toda la documentación recogida en este libro, en forma de esos treinta y tres artículos que lo componen, junto con el resultado de las discusiones y del intercambio de opiniones que en el Coloquio tuvieron lugar,

es lo que recogen los editores en ese capítulo final que denominan con el mismo título que encabeza la obra.

Ya Guilaine en el prólogo anticipa estas conclusiones. Comienza haciendo un breve recordatorio de cómo estaba la situación antes de este Coloquio: no puede ya aceptarse el modelo preestablecido y único de neolítico antiguo mediterráneo cordial y danubiano o europeo rubané. Los procesos sociales son mucho más complejos, y, por otra parte, los sucesivos hallazgos nos han puesto de manifiesto que esta ruptura tan definida no es real. Para Guilaine, esta obra ofrece dos puntos fundamentales de interés: el primero, que es precisamente esa confrontación entre las dos áreas hasta entonces aisladas, y el segundo, que se refiere a la nueva interpretación de algunos sistemas económicos y también al descubrimiento de las originalidades que desde el Neolítico Antiguo caracterizan toda la mitad occidental de Europa.

Cohen y Otte resumen, en el capítulo final, las aportaciones fruto de esta discusión y trabajos, en la línea que anticipa Guilaine, y en dos aspectos fundamentales:

1. La continuidad o discontinuidad del substrato neolítico, y
2. Las relaciones entre las dos corrientes culturales del Neolítico Antiguo en el norte y sur de Europa, y las posibles interferencias entre ambos.
1. La imagen más coherente con respecto al substrato anterior es la de la discontinuidad. De hecho, puede constatarse que allí donde hubo una ocupación continuada en el Mesolítico —que denotaría un estadio de equilibrio en la explotación de los recursos naturales— la penetración de la economía de producción se retrasa hasta que se produce la ruptura de ese equilibrio.
2. Es evidente ya la ruptura del esquema tradicional que delimitaba rígidamente las áreas del Neolítico antiguo de Europa occidental: banda costera para el cordial, y zona de la rubané al norte del Macizo Central.

Por último, destacan los autores de esta reflexión final, una visión sintética del proceso de neolitización europeo, señalando que su difusión desde el sudeste del continente es más compleja de lo que pensábamos. Por la vía mediterránea, diferentes grupos y a velocidad variable se van «greffés» sucesivamente sobre substratos mesolíticos en pleno cambio. El movimiento centroeuropeo es más unitario, pero evoluciona también en diferentes fases que corresponden a otros tantos procesos de adaptación económica y técnica propias de cada área ecológica.

Esta es una obra densa y compleja, debido a la gran cantidad y diversidad de información que proporciona sobre temas muy específicos, dentro del mundo del que se ocupa. A modo de un enorme mosaico, va rellenando parcelas y a la vez creándonos la necesidad de saber más. Es curioso, pero con frecuencia ocurre que cuanto más sabemos de algo, o mejor, creemos saber, más conscientes somos de todo lo que ignoramos sobre esa cuestión concreta.

Sin embargo, este libro es un paso adelante, y además, los editores hacen ese balance final en el que nos resumen los avances realizados en el Coloquio, que facilita mucho la labor del lector, y la enriquece, ya que este balance no se limita exclusivamente a las comunicaciones presentadas, sino también —y esto es lo más importante— a las aportaciones de las discusiones y puestas en común de los conocimientos de quienes presentaron tales comunicaciones.

ANA FERNÁNDEZ VEGA

JEAN GUILAINE y XAVIER GUTHERZ (dirs), *Autour de Jean Arnal*. Montpellier, Université des Sciences et Techniques du Languedoc, 1990, 430 págs., con ilustraciones (24 × 16).

Esta es una obra en homenaje al doctor Jean Arnal (1907-1987), pero, como sus propios directores afirman en el prólogo y en el primer capítulo, no es exclusivamente un homenaje propiamente dicho, sino que va más allá. Engloba una serie de artículos sobre los temas más destacados en la investigación del doctor Arnal, que aportan novedades sobre las hipótesis de aquel estudioso, haciendo una especie de ensayo crítico sobre las mismas. Lo que él aportó y aún pervive, y también lo que los nuevos descubrimientos han modificado y/o completado, son el contenido de esta obra que hoy comentamos. Es, en resumen, un libro dedicado a la obra más que al hombre, y a la obra en cuanto a su contenido, no sólo al total de su producción.

La estructura del libro es la siguiente: comienza con un prólogo de los directores de este trabajo en el que exponen el objetivo del mismo, y sus especiales características. En segundo lugar, bajo el epigrafe: «Jean Arnal, un constructor de hipótesis», Guilaine y Gutherz exponen los diferentes aspectos a los que el doctor Arnal dedicó sus esfuerzos investigadores. La cerámica como rasgo cronológico y cultural, el Neolítico francés, la cuestión del chauseense, el megalitismo, y el final del Neolítico son los grandes apartados de este capítulo. En ellos, los autores hacen un

balance de las ideas que el investigador objeto de este homenaje ha ido plasmando en una amplísima producción bibliográfica que comienza en 1935 y durará más de cincuenta años.

Tras un capítulo que recoge precisamente todas las publicaciones de Arnal (págs. 21-35), más de 250 títulos, sólo o con otros autores, comienza el corpus de los 21 artículos que 32 especialistas han presentado a este volumen de homenaje.

Doce de ellos se dedican al Neolítico en Italia, mediodía y suroeste francés y Cataluña (España), con temas que van desde el Neolítico antiguo cardial, postcardial y de facies no cardiales, hasta los «pastores de las mesetas», para utilizar el término del propio Arnal, del Neolítico final. Los siete artículos siguientes están dedicados al megalitismo, e incluyen desde un léxico «treinta años después» del publicado por Arnal, a problemas de arquitectura y escultura (estatuas-menhir) megalíticas. Francia, Suiza y Cataluña son esta vez las regiones estudiadas.

Con dos artículos, dedicados a la cronología y estado actual del conocimiento de la Edad del Bronce, sobre todo en su etapa final, se completa la obra que comentamos.

En resumen: este es un libro de los que a cualquier investigador gusta comentar. Y esto por dos razones. La primera, que siempre es grato rendir homenaje a quienes nos precedieron y nos enseñaron. La segunda, y en línea con esto, porque esta obra pone de manifiesto que las teorías o hipótesis de quienes nos precedieron en el estudio de la Prehistoria, son siempre —como mínimo— un punto de partida. Los nuevos datos que cada día vamos adquiriendo pueden completar, e incluso modificar hipótesis anteriores, pero aún en este segundo caso, el conocimiento se construye así. En el caso de la obra de Arnal, como en el de otros muchos investigadores, se pone de manifiesto no sólo la novedad y el interés de sus teorías en el momento que se publicaron, sino también la perduración, con o sin modificaciones, de algunas de sus hipótesis. Es de justicia siempre en este tipo de obra, destacar que debemos evitar caer en la tentación de calificar de antiguo o desfasado a algo que, en su momento, estuvo muy lejos de serlo, y que, además, sentó las bases para los que venimos detrás, poniendo «la primera piedra» de esa reconstrucción del pasado en la que todos nos empeñamos con mayor o menos éxito.

ANA FERNÁNDEZ VEGA

JOAQUIN GONZÁLEZ ECHEGARAY, *El Creciente fértil y la Biblia*. Estella (Navarra). Ed. Verbo Divino, 1991. 311 págs. con figs. (20 × 12).

El autor del libro que motiva estas líneas es bien conocido por la doble vertiente de su principal investigación científica: el Paleolítico cantábrico y la Prehistoria del Próximo Oriente. En este último aspecto recordaremos tan sólo los dos volúmenes de *Excavaciones en la Terraza de El Khiam* (Madrid 1964 y 1966) y su libro *Orígenes del Neolítico sirio-palestino* (Bilbao 1978), que destacan sobre numerosos artículos y trabajos menores.

Tras una expresamente deseada fachada de divulgación, este libro de González Echegaray esconde mucha ciencia y muchas lecturas. Su propósito declarado es «ofrecer una panorámica sobre el medio —geográfico, histórico y arqueológico— en que se desenvuelve la Biblia». Y a fe que lo consigue, pues el «panorama» es muy completo y gracias a él tenemos (en lengua castellana) una obra que suple, entre otras, la tan útil como socorrida de Giuseppe Ricciotti, *La Bibbia e le scoperte moderne* (Florencia, Sansoni, 1961) construida a partir de los artículos semanales que dicho autor publicaba en el semanario *L'Europeo*, pero que sólo se ocupa de aspectos parciales (algo de Prehistoria, los esenios y los descubrimientos del Mar Muerto, la destrucción del Templo el año 70, etc.).

«Una tierra que mana leche y miel» es el sugestivo título que lleva el capítulo 1, dedicado a la geografía de la zona (con apartados sobre el Creciente Fértil, Egipto y territorios aledaños, con una amena descripción de Palestina como escenario principal de lo tratado en el libro). Recordando que la mayor parte de la Prehistoria es «pre-bíblica», el capítulo 2, bajo el título general de «El Creciente descubre el secreto de su fertilidad» se sintetizan los conocimientos sobre los cazadores y recolectores, la sorprendente aparición en fechas altas de los «especialistas en la cosecha silvestre» —mesolíticos—, y su paso al Neolítico Prececerámico, al Neolítico propiamente dicho y luego al mundo de los grandes ceramistas y de los metalúrgicos iniciales. En cada caso se consignan los principales yacimientos y sus cronologías, con nombres que, en alguna ocasión, ya tienen resonancias bíblicas.

Nacen así las ciudades cananeas «que producirán asombro a los israelitas venidos del desierto» (capítulo 3). Se descubre el paso de la aldea a la ciudad (la «revolución urbana» de Childe), el nacimiento de nuevas clases sociales y los nuevos descubrimientos, alguno de ellos tan trascendental como la rueda. Son los comienzos de la Edad del Bronce, cuya arqueología está principalmente ligada a la excavación de centros urbanos. El autor recuerda los problemas de la transición entre el Cal-

colítico y la Edad del Bronce en las ciudades cananeas (período llamado «Protourbano» y sus subdivisiones). Se describen sucintamente los casos de Jericó, Meggido, Beth Sean, Tell el-Far'ah, Tel Arad y Et-Tell, ciudades más modestas que las mesopotámicas, pero que tienen, sin embargo, una personalidad propia.

Bajo el título de «el mundo por donde vagan los patriarcas» (capítulo 4), se examinan las crisis previas y luego el esplendor de la civilización del Bronce Medio y a los primeros indicios históricos de los israelitas. Aquí el autor renuncia a discutir la historicidad de las narraciones sobre los movimientos de los patriarcas (*Génesis* a partir del capítulo 12), aunque más adelante se ocupará del tema. Como punto de referencia se cita la estela de Merneptah (c. 1200 a. C.) que demuestra que los egipcios conocían a los israelitas como una etnia particular. Su presencia en el escenario palestino se pone en relación con los movimientos de pueblos en esa época, principalmente los de los semitas, que queda bien ejemplificado por el de los grupos de los amoritas o amorreos. Son, con seguridad, los principales causantes de un largo período de crisis que va del 2200 al 1900 a. C. en todo el Creciente Fértil (asentamiento de un grupo importante en el Alto Eufrates), en Palestina con destrucción de ciudades —desde Ugarit y Biblos hasta Jericó— y que en Egipto da lugar al «Primer período intermedio» (dinastías VII-XI). La recuperación se produce durante las dos etapas, bien diferenciadas, del Bronce Medio propiamente dicho (1900 a 1550 a. C.). En Palestina, las ciudades, con complicada estructura urbanística, alcanzan grandes dimensiones (Hazor, 82 ha), están bien amuralladas y cuentan con santuarios, palacios y otros edificios públicos. Egipto está en plenos tiempos históricos: Amen-em-hat I, en 1991 a. C. inaugura en Tebas la XII dinastía y con ella el Imperio Nuevo, si bien, dos siglos después llegará la invasión de pueblos asiáticos, unidos en el nombre de hyksos.

El autor hace aquí un alto para describir «el mapa de los grandes imperios». Sobre aquel telón de fondo de grandes acontecimientos, González Echegaray, procura «ambientar» la historia casi callada de los tres ciclos patriarcales (Abraham, Jacob y José). Se indentifican las características sociales y etnográficas del grupo nómada de Abraham, que se mueve por todo el Creciente Fértil, desde Ur hasta Egipto, con centro originario en los amoritas del Alto Eufrates. Abraham se instala preferentemente en Hebrón, mientras que Isaac lo hace en Beersheva, ambos en zonas marginales con respecto a los agricultores de otras etnias (excepto la fracción de Lot). Ciertas especificidades de dicho ciclo se repiten en el de Jacob, también emparentado con los amoritas. Más peculiar y diferenciado es el ciclo de José, que está más centrado en Egipto y representaría la fase más moderna de las tres etapas. Ahí está uno de los puntos fun-

damentales de la parte más antigua del relato bíblico. González Echegaray recuerda la declaración de un israelita: «mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí con unos pocos hombres; allí se hizo un pueblo grande, fuerte y numeroso» (Dt 26, 5-6).

Después de subrayar los caracteres positivos —que también los hubo— de la relación entre Israel y Egipto, el capítulo 5 está dedicado a las circunstancias del Éxodo y su tiempo que se sincronizan con el Bronce reciente de Palestina, dentro del marco del Imperio Nuevo egipcio y la política internacional del momento (págs. 97-106). La arqueología de las tres fases del Bronce Reciente (1550 a 1200 a. C.) sirve para hacer referencia a las ciudades palestinas contemporáneas, estando las meridionales muy influenciadas por Egipto (cartas de El-Amarna; estela de Seti I en Beth Shean, templo y estratos IX a VI de esta ciudad; Hazor; etc.). Como en todo el Creciente Fértil, en la vecindad de estos centros urbanos, durante todo el II milenio, merodeaban los *apiru* o *habiru*, los nómadas o seminómadas amoritas, cuyo nombre quedaría finalmente reservado a los hebreos gracias a la Biblia. El autor defiende la idea de que algunas tribus israelistas no estuvieron en Egipto y se mantuvieron en Palestina o sus alrededores (por ejemplo, la que parece probable referencia a la tribu de Asher o Aser en el Papiro de Anastasio I, de la época de Ramsés II). Justamente, con la mayoría de los autores, se sitúa en el reinado de Ramsés II el último cautiverio y el éxodo de los hebreos de Egipto. Una parte debía estar allí desde varias generaciones pues existían escribas semitas al servicio de la administración faraónica y uno de ellos fue sin duda Moisés. Para el itinerario del éxodo se paralelizan las citas de la Biblia con los topónimos conocidos por fuentes extrabíblicas y se señalan las diferencias entre la tradición yahvista y la elohista. También hay una cierta contracción en las dos tradiciones respecto a la ruta en el desierto y al escenario de la teofanía del Sinaí (en Madián, al otro lado del golfo de Akaba; en el Jebel Musa del propio Sinaí; o en Jebel Halal o Har Karkom en la región de Kadesh). El relato de la aproximación a la Tierra Prometida —los «cuarenta años»— también refleja dos tradiciones: el «Camino del Rey» en los territorios de Edom y Moab, y el «camino del desierto», que bordea aquellos (pero también algunos grupos penetraron desde Kadesh). Aquí encontramos a faltar una referencia a la muerte de Moisés en el Monte Nebo, a la vista de la Tierra Prometida (acaso legendaria, pero significativa). Después del paso del Jordán viene la epopeya conquistadora de Josué, que la arqueología a veces matiza (Jericó) y a veces confirma (estratos XIII y XII de Hazor, con la citada estela de Merneptah, del 1220 a. C.). Por tanto la fecha de esta conquista hay que colocarla entre finales del siglo XIII y los comienzos del siglo XII a. C.

«Así, pues, los israelitas vivieron en medio de los cananeos, hititas, amorreos, fereceos, heveos y jebuseos» (Jue 3, 5). La frase refleja de manera realista la situación de Palestina entre 1200 y 1100 a. C. que, arqueológicamente, corresponde a la Edad del Hierro I. El asentamiento de los hebreos a partir de la zona montañosa se describe en el capítulo 6 de esta obra bajo el título: «en lucha con los pueblos de Canaán». En primer lugar, González Echegaray dedica unas lúcidas páginas a aclarar quienes eran las gentes de las etnias autóctonas —en ocasiones mezclas de razas— citadas en el texto bíblico y su correspondencia con las mencionadas en fuentes contemporáneas. Presta particular atención a los indoeuropeos del mosaico denominado Pueblos del Mar y a los filisteos, con sus testimonios arqueológicos (Ashkelon, Ekrón, Beth Shean), así como a los edomitas, moabitas, ammonitas y amorreos que habitaban en Transjordania (págs. 123-132). Sobre este panorama se sitúa la ubicación de las diferentes tribus hebreas en las zonas montañosas y sus probables testimonios arqueológicos en esta época del Hierro I (Silo, Siquem, Beth Shemash, Gibeah de Saúl, Dan; pero también las que aún no eran israelitas: Jerusalén/Jebus o Meggido). Como es sabido, el relato de la conquista se refleja en el libro de los Jueces, capítulos 4 y 5.

Un episodio crucial en esta historia es la conquista de Jerusalén y la trascendental decisión de David de llevar allí la capital de su reino (cap. 7). El autor dedica a la Ciudad Santa unas páginas concisas en las que se trasluce su conocimiento profundo, e incluso su amor, por la ciudad de Jerusalén. Acertadamente pone en contraste la ciudad conquistada por David y la ampliación urbana, la construcción del templo y las obras edilicias en otras ciudades que llevó a cabo Salomón (la cronología atribuida a ambos reinados es 1004-965 y 965-928 a. C. respectivamente). Desde el punto de vista arqueológico el período es denominado Hierro II-A y está bien atestiguado en las obras salomónicas, como en Gezer, Meggido y Hazor. Políticamente esta es la etapa de máximo esplendor de la historia de Israel; por ello el autor describe sus límites en un epígrafe titulado «fronteras casi imperiales» (con un sintético e interesante *excursus* sobre las naves de Tarsis y la lejana Tartessos).

González Echegaray defiende con razón la idea de que la división de los dos reinos está enraizada en la diversidad geográfica y en la «idiosincracia del pueblo». Su capítulo 8 está dedicado a ambas monarquías y a sus diferencias durante el período que, arqueológicamente, se define como Hierro II-B-C. Con tal situación iban a acabar los guerreros asirios, la formación de cuyo imperio describe el autor. Tiglat-pileser III (745-727 a. C.) es el rey que en los años 734/732 lleva a cabo la conquista de Palestina, consolidada por sus sucesores pues constituía el camino de paso hacia Egipto (cap. 9). La reacción de los pueblos sometidos a los asirios

debió ser de odio al opresor y de ello tenemos repetidos testimonios en la Biblia. Una bella expresión de este sentimiento la encontramos en el llamado «Oráculo de Nínive» del libro de Nahúm.

El periodo neobabilónico es objeto del capítulo 10. El exilio en la gran ciudad de Babilonia suscita contradictorios sentimientos en los israelitas. González Echegaray escribe que para ellos «aparecerá como la ciudad corrompida y corruptora, peligrosamente admirada y temida» (pág. 198). Los desterrados llegaron en dos importantes grupos (10.000 hombres con sus familias en tiempos del rey Joaquín; 15.000 en la época de Sedecias y la total destrucción de Jerusalén), que se instalaron en la propia urbe y en las comarcas próximas. Al período persa se dedica el capítulo 11, con el título «Así dice Yahveh a su ungido Ciro», aludiendo al decreto de Ciro (Esdras) que animaba a la repatriación y a la reconstrucción del templo. Los diferentes episodios están bien documentados en la Biblia y el autor hace las oportunas referencias a los contextos arqueológicos.

El ciclo histórico-arqueológico de esta obra se cierra con los periodos helenístico y romano (cap. 12: «bajo el dominio de Europa»). Los diadocos y la sublevación de los macabeos, la dinastía asmonea, los tiempos del rey Herodes, la descripción de Jerusalén en aquel momento y la sombra imperial de Roma en Oriente, son hitos de esta parte final de la historia que tenemos narrada en el Antiguo Testamento. La escena está preparada para iniciar el Nuevo.

La profunda influencia de lo religioso en las diversas culturas del Próximo Oriente y su estrecha relación con las condiciones históricas y arqueológicas, han hecho que González Echegaray se decidiera a escribir un último capítulo (págs. 259-277) que titula: «los dioses y los hombres, religión y moral en la sociedad del creciente fértil». Los mitos y la mitología, monoteísmo y henoteísmo, las divinidades celestes, las de la tierra, el ritual y el mundo de la ética y las leyes, son otros tantos temas que, brevemente, el autor toca con mano maestra, como sacerdote y estudioso de las primitivas culturas que es.

La obra se completa con una sucinta pero selecta bibliografía y con unas útiles tablas cronológicas. Su lectura es muy amena y estamos seguros que constituirá un éxito editorial. No cada día un buen conocedor y estudioso del Próximo Oriente nos ofrece una excelente obra como la presente.

E. RIPOLL PERELLÓ

WALTER CRUELLS y MIQUEL MOLIST, *Un poblat a l'aire lliure de fa 4000 anys. El jaciment de l'Institut de Batxillerat de Manlleu (Osona)*. Ajuntament de Manlleu i Servei de Cultura de la Diputació de Barcelona (Museo de Manlleu, 4). Manlleu, 1990, 85 págs. ils. (21 × 15 cm).

Dentro de una serie de publicaciones editadas por el Museo Municipal de Manlleu, cuyo primer número se dedicó también a la Arqueología (*Testimonis materials de la història de Manlleu*), se divulga, en su cuarto libro, el resultado del seguimiento y las excavaciones arqueológicas de urgencia llevadas a cabo durante 1986, 1987 y 1988 en un yacimiento descubierto casualmente en 1985 al llevarse a cabo las obras de remodelación de una área destinada a la construcción de un futuro instituto de bachillerato en Manlleu (Osona, Barcelona). Se trata de un asentamiento al aire libre, lo cual le confiere su excepcionalidad, un poblado de agricultores y pastores, de carácter permanente, del Calcolítico-Bronce antiguo, aunque su duración fuese relativamente corta, como ha evidenciado la información obtenida a partir de las dataciones radiocarbónicas, que situarían este yacimiento entre los años 4000 y 3800 BP.

El libro está estructurado en diez cortos capítulos que reflejan las investigaciones desarrolladas. Se expone en primer lugar su localización, las circunstancias en que fue descubierto y las intervenciones realizadas, y continúa con un análisis del marco geográfico actual y su reconstrucción paleoambiental, la estratigrafía y los restos estructurales recuperados, la organización espacial, las actividades económicas, la vida doméstica, la tecnología, los restos humanos, así como también de la dieta y las costumbres funerarias. Estos temas se desarrollan partiendo de los estudios —carpológicos, antracológicos, palinológicos, edafológicos, estadísticos, traceológicos, de oligoelementos, faunísticos, antropológicos, etc.— elaborados por diversos especialistas dedicados a las diferentes materias.

Finalmente, y teniendo en cuenta la aproximación socioeconómica y cultural planteada se sitúa el yacimiento del «Institut de Batxillerat de Manlleu» en su tiempo y en el marco de Cataluña, el poblamiento agrícola de hace 4000 años, planteando futuras hipótesis de trabajo, como la de que existiría en este momento una unidad cultural entre los pobladores de los altiplanos y las sierras, con un régimen económico que combinaría la explotación agrícola en el llano y una práctica de pastoreo semi-nómada con campamentos de verano en las zonas más altas.

Se concluye con un capítulo en el que se reflexiona sobre las excavaciones arqueológicas de urgencia en Cataluña.

Estamos ante un trabajo en el que se evidencia que se ha intentado obtener la máxima información de unos restos que podríamos considerar escasos, conservados parcial y selectivamente, a través de una estrategia de excavación modélica que garantizara una exhaustiva recuperación de datos y el detallado estudio posterior en el laboratorio de los documentos exhumados, lo cual no siempre sucede en las intervenciones de urgencia.

MARTÍ MAS CORNELLA

MANUEL DE GÓNGORA Y MARTÍNEZ, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*. Estudio preliminar por Mauricio Pastor Muñoz y Juan Antonio Pachón Romero. Granada, Universidad de Granada, Colección «ARCHIVUM», 1991, 158 + LXV págs., 149 figs., 2 láms. y 1 mapa desplegable (24 × 17 cm)

La reciente aparición del facsímil de las *Antigüedades prehistóricas de Andalucía* de Manuel de Góngora (Tabernas, Almería, 1822-Madrid, 1884) ha sido recibida con satisfacción dada la dificultad que en muchos casos entrañaba la consulta de dicha obra, ya que no figura entre los fondos de la mayoría de las bibliotecas y, lógicamente, tampoco está ya a la venta, salvo en algunas librerías especializadas en libros antiguos.

En este libro, Manuel de Góngora tuvo el privilegio de ser uno de los primeros en incluir en su título el término «prehistórico» en castellano, vocablo que unos meses antes había divulgado el sevillano Francisco María Tubino (San Roque, Cádiz, 1833-Sevilla, 1888) en un artículo insertado en su periódico *La Andalucía*. Pero, independientemente de este dato de carácter anecdótico, y del cual hablaremos más adelante, las *Antigüedades* supusieron un gran adelanto para la Arqueología prehistórica española. Su autor, lejos de plantearse un mero «rescate» de objetos arqueológicos se convirtió en una especie de cronista de los yacimientos: llevó con él a fotógrafos y dibujantes para que tomasen notas del natural, y así la reproducción posterior resultase fiel al original. El resultado de ello fue un libro con excelentes litografías y figuras en las que se observa un cierto regusto romántico, que se manifiesta sobre todo en el paisaje que rodea a los monumentos megalíticos y en la representación del autor junto al dolmen de Dilar.

La obra está precedida del informe favorable que la Real Academia de la Historia dedica a este tipo de estudios, firmado el 21 de junio de

1867, y que lo elaboraron eminentes arqueológicos y eruditos y miembros de dicha coproración: Aureliano Fernández Guerra (Granada, 1816; Madrid, 1894), Eduardo Saavedra (Tarragona, 1829; Madrid, 1912) y José Moreno Nieto (Siruela, Badajoz, 1823; Madrid, 1882). ¡Qué cambio de actitud hacia la Prehistoria tuvo esta ilustrada institución en tan sólo cinco años! A partir de 1872, y durante quince años, no se verá interés alguno por parte de la Real Academia de la Historia hacia los estudios prehistóricos, y los mismos académicos que en 1867 impulsaban a la Prehistoria, a partir de 1872 se mostraron, cuando menos, distantes hacia la misma. Las razones para este cambio fueron complejas y no es éste, por su amplitud, el lugar para tratarlas, pero esta desafección se produjo no sólo en esa institución, sino en la mayor parte de las del Estado y en cierto ámbitos europeos. También Góngora entró en la misma dinámica, tras esta maravillosa obra no volvió a escribir ninguna otra sobre Prehistoria, y el único artículo que sobre ella escribió después de 1872 fue más bien circunstancial y muchos años más tarde, en 1881. Éste, que se publicó en la revista madrileña *La Ilustración Española y Americana* bajo el título «Los brazaletes prehistóricos», falta en el completo repertorio bibliográfico que se ofrece en el estudio preliminar de la presente reedición de la obra.

Góngora inició el libro dando a conocer el yacimiento de la Cueva de Albuñol, que era un enterramiento colectivo del Neolítico final con una riqueza impresionante. Maravilla el buen estado de conservación de los cestos, alpergatas y otros objetos de esparto que hoy en día se pueden admirar en el Museo Arqueológico Nacional. Pero si interesante fue el descubrimiento y publicación de este yacimiento, no lo fue menos el detenido estudio cultural de los pueblos que allí enterraron a sus difuntos.

Otro tema no menos importante en el que se adentró fue el de las pinturas rupestres de Fuencaliente y de Vélez Blanco. Góngora las interpretó como «jeroglíficos prehistóricos», pues todavía la Ciencia prehistórica no estaba en condiciones de comprender su naturaleza. Sin embargo, hay que darse cuenta de la importancia de que clasificase por primera vez en el mundo como de «prehistóricas» unas pinturas rupestres, aunque su concepto de lo prehistórico dictase mucho de lo que hoy entendemos por tal.

También visitó y dio a conocer varios yacimientos en un área que se corresponde con la del antiguo Reino Nazarí. Resultan de interés sus descripciones de varios dólmenes, de algunos objetos del Bronce Medio y de las muralla ibéricas de Ibro.

Hay una cuestión curiosa y bastante significativa en el pensamiento de Góngora: por un lado, se mostró conocedor de las tendencias más novedosas de la Ciencia prehistórica de su tiempo, cuyo ejemplo más sig-

nificativo fue la lectura de la obra *El hombre antehistórico* de John Lubbock (1834-1913); pero, por otro lado, al tratar de la Cueva de los Murciélagos de Albuñol no quiso utilizar el término Neolítico, difundido precisamente en esa obra, y no fue sino dos años más tarde, en 1870, en *La Ilustración de Madrid*, cuando clasificó el yacimiento como Neolítico, pero al mismo tiempo dejando constancia de la aparición de la escritura en esa época y con una cronología muy reciente. Esto demuestra cierta actitud crítica de Góngora al rumbo que seguía la Prehistoria por esos años, que tomaba para sí las clasificaciones y fundamentos teóricos de las Ciencias Naturales. El exquisito cuidado con que evitó entrar en cualquier campo de la Historia Natural motivó la crítica del también andaluz Antonio Machado y Núñez (Cádiz, 1815; Madrid, 1896), que en el tomo I de la *Revista de Filosofía, Literatura y Ciencias de Sevilla*, aun después de elogiar las *Antigüedades* ampliamente comentaba (pág. 37): «para los geólogos y naturalistas (...) produce una impresión desagradable y un doloroso sentimiento». Sin embargo, precisamente por todo ello, los eruditos, que en España eran la inmensa mayoría de los hombres de ciencia y los que estaban instalados en las instituciones más importantes, no dudaron en promocionar la obra como nunca se volvió a hacer con ninguna otra de temática prehistórica a lo largo del siglo XIX.

Para terminar hay que reseñar el magnífico estudio preliminar que introduce la obra, elaborado por Mauricio Pastor Muñoz y Juan Antonio Pachón Romero para esta edición facsimilar. Si siempre son bien recibidos este tipo de estudios, en este caso lo son de una manera especial pues, por incomprensible que parezca, aún no se había acometido una biografía sobre Góngora, vacío que se llena de una forma ampliamente satisfactoria. Sin embargo, hay un pequeño punto en el que quiero expresar mi disconformidad con las conclusiones de estos autores; es cierto que Góngora no compartió las tesis que hasta los años sesenta se habían defendido con éxito acerca de que todo monumento megalítico había sido realizado por celtas, pero de ahí a decir, como hacen los autores del Estudio preliminar, que Góngora estaba planteando «la posibilidad del origen local de los monumentos megalíticos», creo que no hay ningún motivo para pensarlo. Las conclusiones de Góngora al respecto eran parecidas a las que defendía por aquellas fechas Francisco María Tubino para el «Dolmen de la Pastora» publicadas en la *Gaceta de Madrid* del 23 de marzo de 1868, y que consiste en afirmar que a la Bética llegaron hombres venidos de Oriente por las costas mauritanas y el Estrecho de Hércules. El mismo Góngora defendía que los monumentos megalíticos fueron realizados por iberos y celtas (pág. 125), pueblos invasores de la península según su entender.

MARIANO AYARZAGÜENA SANZ

CHARLES BONNET (dir.), *Kerma royaume de Nubie*. Ginebra. Mission archéologique de l'Université de Genève au Soudan, 1990. X+272 págs. y 122 figs. (catálogo de 445 entradas) (28 × 25).

Es un motivo de satisfacción el ver que, cada vez con más frecuencia, una exposición dé lugar a un amplio estudio temático y que, además, las piezas de los inventarios se documentan y describen con gran rigor científico. Este es el caso de *Kerma, royaume de Nubie*, que es mucho más que el catálogo de la exposición organizada, conjuntamente con otros organismos e instituciones, por el Museo de Arte y de Historia de Ginebra en 1990 y que llevaba por título «L'antiquité africaine au temps des pharaons». En ella se reunieron materiales prestados por diversos centros (museos de Khartoum, Boston, Louvre, Universidad de Lille, etc.). Veintidós especialistas, bajo la dirección de Charles Bonnet, colaboraron en la elaboración de esta obra que cuenta también con notas preliminares de Jean Leclant (síntesis sobre el tema) y Claude Lapaire (acerca de la importante presencia en la Egiptología de los hombres e instituciones de Ginebra desde el siglo XIX).

Los arqueólogos, suizos, después de haber participado activamente en las campañas para el salvamento de los monumentos de Nubia, prosiguieron allí sus investigaciones, trabajando desde 1973 en Kerma, el lugar que dió nombre a la civilización (2500-1500 a. de J. C.) que antecedió a la mucho más conocida civilización de Meroe. En general, ese ámbito es el del histórico y legendario país o reino de Kush.

Buscando las raíces, la obra se inicia con un sintético texto de Jacques Reinold acerca de la Prehistoria del Sudán (págs. 6-9 con un ilustrativo cuadro cronológico-cultural), cuyo conocimiento empezó a ser presentado en los años cuarenta del presente siglo y halló especial impulso con los trabajos para el salvamento de los monumentos de Nubia en los años sesenta. En los dos últimos decenios, a pesar de las difíciles circunstancias políticas, se ha avanzado mucho en el conocimiento de la Prehistoria de ciertas regiones sudanesas. Esta parte preliminar se completa con sintéticos textos acerca «de los primeros reinos nubios a la conquista egipcia», «el reino de Napata» y «el Imperio meroítico», por Ch. Bonnet, Salah Eddin M. Ahmed y Patrice Lenoble respectivamente (págs. 10-17).

La parte propiamente monográfica de la obra, empieza con un apretado conjunto de capítulos (págs. 20-91) cuyo contenido queda bien reflejado en sus encabezamientos: «el territorio y el lugar de Kerma», «de los

viajeros del siglo XIX a las campañas de Nubia», «la arquitectura de los edificios privados y públicos», «límites y defensas de la ciudad», «organización social e instituciones», «los santuarios», «sepulturas y costumbres funerarias» y «las creencias religiosas». Todos estos textos se deben a Ch. Bonnet, a excepción del historiográfico escrito por Nora Ferrero. Desearíamos subrayar dos de estos apartados, el de la arquitectura y el de los aspectos funerarios. En lo arquitectónico destacan los monumentos religiosos llamados *deffufa*, imponentes masas de abodes que seguramente eran grandes capillas funerarias de los soberanos. Las excavaciones en la impresionante necrópolis de la ciudad, conocida desde principios del presente siglo (G. A. Reisner), se han orientado a la datación de los diferentes sectores o etapas: Antigua, Media (tumbas con las conocidas agrupaciones de búcraneos y con sacrificios humanos) y Clásica.

Otro bloque, bajo el título de «contribuciones al estudio de las culturas Kerma» (págs. 93-117), reúne los siguientes estudios: «lo egipcio en Kerma bajo el Imperio Antiguo» (D. Valbelle), «el país de Kush y Egipto, contactos, intercambios, comercio» (B. Gratien), «estudio de los huesos humanos», con especial atención a las mutilaciones dentarias y a los sacrificios humanos (C. Simon, C. Kramar y A. Susini), «el mundo animal» (L. Chaix) y «las rocas de la región» (P. de Paepe).

La tercera parte, «objetos testimonio de una cultura» (págs. 119-143) es, en cierta manera, un estudio previo a los materiales del catálogo. Contiene los siguientes trabajos: «los talleres de ceramistas y su producción», hornos, evolución de las formas —aunque aquí encontramos a faltar una tabla de las mismas— y las decoraciones (B. Privati), «miniaturas en tierra», pequeñas figuras antropomorfas, zoomorfas y geométricas (N. Ferrero), «el utillaje en piedra» (I. Caneva), «el trabajo del hueso y del márfil en Kerma» (A. Choyke), y «las incrustaciones de márfil» (B. Curran).

Siguen a continuación el minucioso catálogo de los 445 objetos expuestos (págs. 145-262). Para cada uno se dan como mínimo los siguientes datos: nombre, material, dimensiones, procedencia, atribución cultural, lugar donde está depositado, descripción comentada y bibliografía. Para no extendernos demasiado sólo mencionaremos unos ejemplos demostrativos de la cuidadosa descripción: huevo de avestruz n.º 76 y león en mosaico policromo n.º 251, ambos del Museo de Boston; y la incrustación de márfil en forma de Thueris, para una cama (276, fig. 91). La parte final del catálogo, corresponde a materiales de las épocas meroítica, post-meroítica y cristiana, lo que indica la continuidad del problemamiento en el lugar.

La obra se cierra con una amplia bibliografía (págs. 263-267) que tiene el mérito de presentar, además de muchos otros títulos, la literatura de los arqueólogos suizos sobre el tema en los últimos años. No cabe duda que la bibliografía sobre las tierras altas del Nilo ha progresado enormemente con motivo de los trabajos para el salvamento de los monumentos de Nubia y de los realizados por las misiones que han tenido la suerte de contar con las generosas ayudas necesarias para seguir investigando en la zona. Para comprobarlo, si no fuera ya de por sí muy evidente, basta comparar cual era el estado de conocimiento —poco antes de aquella empresa internacional— cuando A. J. Arkell publicó su libro *A History of Sudan to AD 1821* (Londres, Athlone, Press, 1955; del que por entonces escribimos una reseña en *Ampurias*, xix-xx, 1957-1958, págs. 330-331) y la situación actual, con la continua aparición de estudios, libros e incluso revistas especializadas.

De lo dicho en el párrafo anterior es un bello ejemplo el libro que estamos recensionando. En él, al gran interés de los textos, se suma una magnífica y detallada ilustración que es una muestra del cuidado con que fue impreso. Al tenerlo en sus manos y recorrer sus páginas, el que suscribe ha sentido el *cafar* de los tiempos en que tuvo la suerte de poder trabajar en la arqueología de aquellas tierras de sol y de luz.

EDUARDO RIPOLL PERELLÓ